

Las ambigüedades del nacionalismo en la Europa postcomunista

Hace tres años los jóvenes bailaban sobre el muro de Berlín. Hoy mueren en las calles de Sarajevo. En el septiembre pasado Robert Hunter, consejero de Bush, hacía un balance despiadado de los empeoramientos que han sucedido en el breve curso de este trienio: «Genocidios. Pistoleros. Campos de concentración. Hordas de prófugos. Fronteras cerradas. Ciudades sitiadas. Políticos impotentes. Economías en declino. Escándalos. Criminalidad organizada.» No siempre ver las cosas desde lejos impide verlas mejor, pero cierto el fenómeno maseros-cópico que está a la base de esta quiebra que nos deja el siglo xx, es el alzamiento de implacables conflictos territoriales y de nuevos particularismos raciales, étnicos o religiosos. En particular, añadiéndose a las tensiones separatistas de vieja data en Europa, como las de los Países Vascos o de Irlanda del Norte o del Sur-Tirol, quedan con mayor vigor las reivindicaciones de la independencia nacional en las costas del Báltico o en los Urales, en la cuenca del Tigris y del Eufrates, y ahora más trágicamente que en otro lugar en los Balcanes, además que en casi todas las regiones del disuelto Imperio Soviético, caído como un castillo de arena. Sergio Romano, ex embajador italiano en Moscú, concluye su reciente ensayo sobre el declino de la U.R.S.S. observando con amarga lucidez. «Llevamos a nuestras espaldas medio siglo de guerra fría, podremos tener en frente medio siglo de gueras civiles». En definitiva, estamos pagando los éxitos de una ambigüedad de fondo de aquel «principio de nacionalidad»,

**PIETRO
PRINI**

«El nacionalismo auténtico encuentra su vida real solamente hacia un auténtico sobrenacionalismo. Es el camino sobre el que se ha situado decididamente la Comunidad Europea en el proceso que la conduce desde la utopía "matriarcal" de la "Europa de las patrias" de De Gaulle hacia una localización más amplia y más radicalmente articulada de la soberanía del Estado.»



«La Europa diferente, sobrenacional pero libre y creadora, si nace algún día, deberá tener como presupuesto una organización suficientemente estable de federaciones multinacionales más allá del Adriático o de la línea Oder-Neisse. Es una condición imprescindible para que la Comunidad Europea cumpla ese "salto de cualidad" del que podrá surgir esa Europa de las naciones y de los ciudadanos.»



sobre el que los vencedores de Versalles, aceptando los «Catorce Puntos» de Wilson, han tentado construir la nueva Europa desde las ruinas de los imperios sobrenacionales, austro-húngarico y otomano, y que el *Diktat* de Stalin a Yalta debía después reprimir duramente en una mitad del continente euroasiático. De demasiados equívocos se ha cargado, de hecho, en nuestro lenguaje político, el concepto de «nación».

Yo opino que una gran parte de ellos deriven del confundirse en éste de las categorías, si queremos llamarlas a la manera de Bachofen, del «matriarcal» y del «patriarcal», que delimitan, por una parte, la pertenencia a la misma tierra natal, a la misma gente, a un igual modo de vida y de cultura material, que se reflejan en un mismo mundo de tradiciones, de creencias y de mitos; por otra parte, la pertenencia por «derecho de ciudadanía» a las instituciones de una comunidad política, jurídica, administrativa y burocrática, de las que estamos protegidos y de las que se nos puede privar. Más allá de su unión precaria e inestable, la síntesis de estas dos categorías en la idea del *Estado nacional soberano*, que resulta de un libre pacto de sus ciudadanos, ha sido una de las más grandes conquistas de la conciencia europea moderna. Este evento no ha sucedido por un desarrollo natural análogo al proceso por el que se pasa de la familia al *clan* y del pueblo natal a la «patria chica» de la región que lo circunda. Ha sucedido, en cambio, por un proceso de *alta abstracción espiritual*, fundado en aquel contexto de ideas que los grandes filósofos-educadores del Iluminismo y del Romanticismo, de Locke a Rousseau, de Herder a Schiller, de Fíente a Mazzini, han elaborado alrededor del concepto de «contrato social», con el fin de «humanizar» el Estado en la conciencia de sus ciudadanos. De la esencial novedad de esta conquista es una prueba el hecho que en la antigua Grecia el desarrollo de la *polis*, la patria ciudad, ha desembocado en el cosmopolitismo del imperio territorial macédone, saltando la gran etapa de la idea de «nación». Los griegos han tenido el culto y el sentimiento de la «patria» —la *metrópolis*, la «madrepatria»—, no cierto la idea de un Estado nacional soberano.

Este hecho ha sido puesto en relieve justamente por Hans Kohn en su ensayo *The Idea of Nationalism*, editado al final de la segunda guerra mundial. Por otro lado, el sentido claramente espiritual del descubrimiento moderno del nacionalismo está bien representado por Schiller, cuando en la sexta de sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*, denuncia la caída del Estado del *anden régime* en «un mecanismo trivial y destrozado», en «un engranaje artificial, donde, con el remiendo de una cantidad infinita, pero desanimada, de trozos, se realiza una vida mecanizada y empobrecida». En aquel Estado, en el que moría el

anden régime, «la vida del individuo concreto se destruye, para que pueda tener una pobre existencia la abstracción del todo, de modo que el Estado queda siempre extraño a sus ciudadanos, no encontrando jamás el sentimiento».

En definitiva, hay que reconocer que a la raíz de los males que hoy sufren Europa y una gran parte del mundo político está la pérdida del sentido altamente abstracto, espiritual, ético del nacionalismo. Contra la síntesis del «patriarcal» y del «matriarcal», como la he llamado, en el Estado-Nación entendido como *la soberanía de un pueblo de ciudadanos Ubres*, cualquiera que sea la raza o la etnia, la religión o la lengua a la que pertenecen, se reivindica la sola identidad «matriarcal» en la forma reaccionaria de un regreso hacia atrás, a lo remoto o remotísimo, en la exaltación de caracteres raciales, étnico-territoriales, ar-caico-lingüísticos o integralístico-religiosos. No se quiere tener en cuenta, en estas reivindicaciones, a menudo violentas y cruentas, de los cambios de estos caracteres en el curso de su historia ni de su inserción en contextos culturales o políticos más adelantados. Al contrario, a veces se tiende a aislarlos, para imponerlos a través de las vías de una verdadera y propia intolerancia hegemónica.

En verdad, el nacionalismo auténtico encuentra su vida real solamente hacia un auténtico sobrenacionalismo. Es el camino sobre el que se ha situado decididamente la Comunidad Europea en el proceso que la conduce desde la utopía «matriarcal» de la «Europa de las patrias» de De Gaulle hacia una localización más amplia y más radicalmente articulada de la soberanía del Estado, a través de un planteamiento sobrenacional de la política monetaria, del sistema bancario, de las instituciones escolásticas y de la defensa ecológica, de la racionalización de la agricultura y en fin también de los balances nacionales. Un verdadero *Estado sobrenacional*, se podría decir. Lo que se perfila en los desarrollos de la Comunidad Europea es el descubrimiento de lo que hay más esencial en el Estado nacional europeo desde su origen, es decir, la forma de una soberanía que se articula en la autonomía de sus componentes, como ocurre en la forma misma, en el *cidós*, como diría Platón, de cualquier organismo viviente. Se trata de una «arquitectura institucional en altura», dice Toffler. Mas precisamente es una fundación en profundidad, cuyo modelo podría difundirse —y es deseable— por una especie de clonación en contraste con la parcelización de demasiados Estados nacionales cuya soberanía es mucho más formal que real.

Para encontrar un ejemplo de lo que está sucediendo hoy en muchas regiones ex soviéticas o ex comunistas, pensemos en ese estado de conflicto permanente, en esa explosión de agresividad tribal que desde

«El problema central es integrar, o mejor transformar, un nacionalismo solamente "matriarcal" en un nacionalismo como valor ético, como apertura creativa, que pone la "radicación" territorial de los nuevos Estados en el horizonte de un concepto universal de humanidad, y precisamente en el ámbito de aquella condición necesaria de la convivencia civil que es la ley de la "composibilidad de las naciones y de los ciudadanos"»



algunos años está afligiendo las poblaciones ex coloniales, a las que se les ha dado la independencia después de la segunda guerra mundial. El Occidente les ha exportado la forma vacía, burocrática, represiva, de sus instituciones políticas, no el contenido ético que les había hecho nacer en su forma moderna, la mayor parte de las naciones de nueva independencia se han constituido sin que un real desarrollo de formación cultural haya podido liberar su conciencia de aquella condición inhibitoria que había sido para ellas la edad colonial. Desde un colonialismo administrativo de su explotación ellas han llegado a una nueva esclavitud bajo el dominio de burócratas autóctonos o de nuevos tiranos que han aprendido del Occidente solamente el gusto y la brutalidad del poder, sacando a manos llenas del fondo «matriarcal» de sus pueblos la agresividad de las intolerancias raciales o las ilusiones milenaristas del fundamentalismo.

Cierto, la emancipación política de estos países es irreversible, así como la racionalización de sus servicios públicos, la industrialización, la urbanización y una repartición social más justa del bien común. Pero el problema central es integrar, o mejor transformar, un nacionalismo solamente «matriarcal» en un nacionalismo como valor ético, como apertura creativa, que pone la «radicación» territorial de los nuevos Estados en el horizonte de un concepto universal de humanidad, y precisamente en el ámbito de aquella condición necesaria de la convivencia civil que es la ley de la «composibilidad de las diferencias». No será ésta una de las tareas menos importantes y menos urgentes de la colaboración Inter-educativa de la Comunidad Europea con el Tercer Mundo.

A unos problemas análogos, a pesar de la gran diferencia que los distinguen, está conduciendo esa desenfadada disolución del Imperio soviético y del orden comunista en Europa Oriental, que ha dado vía a un separatismo hasta ayer impensable. Allí todo se agita y se mueve con la impaciencia de volver a encontrar la propia identidad, después de setenta años de olvido y de represión. Se trata, especialmente en el mundo eslavo, de naciones maduradas no a través de la conciencia iluminista y romántica de élites intelectuales, sino en la continuidad de condiciones populares a nivel dialectal, folclorístico, iconográfico, de músicas corales y de danzas aldeanas, de cultura material y de ritualidad religiosa. Es una gran y rica tradición que se ha mantenido por un milenio bajo el signo de un cesaro-papismo de memoria bizantina, que, a pesar de las grandes infiltraciones católicas, musulmanas y ebraicas, ha mantenido una fisionomía institucional difícilmente confrontable con la Europa Occidental moderna. El nacimiento de los Estados absolutos europeos, en el siglo xvi, con «la secularización de la vida entera», como dice Cari Schmitt, a

«Lo que se perfila en el desarrollo de la Comunidad Europea es el descubrimiento de lo que hay más esencial en el estado nacional europeo desde su origen, es decir, la forma de una soberanía que se articula en la autonomía de sus componentes, como ocurre en la forma misma, en el «cidos», como diría Platón, de cualquier organismo viviente»



través de la sumisión de los derechos feudales, de los «estados» sociales y de la Iglesia a la jurisdicción centralizada de un señor territorial, ha abierto el camino a las soberanías nacionales postrevolucionarias del siglo XIX.

¿Podrán integrarse en una más amplia Comunidad Europea, en una «Europa hasta los Urales», estos nuevos nacionalismos que se buscan a sí mismos en la «selva salvaje» de indomables separatismos? Es todavía difícil decirlo, a pesar de que los empujes económicos del nuevo mercado europeo tiendan a apresurar su camino. Por ahora, el problema más urgente de una politología del mundo postsoviético y postcomunista creo que es el de empezar la elaboración crítica del proyecto de una real composibilidad de autonomías nacionales en Estados de tipo multinacional o federalista, donde la fidelidad a sus propias tradiciones constituya no un obstáculo, sino la apertura a una colaboración menos estéril y provisoria. A pesar de que sean fuertes y antiguas las razones que nos empujan a solidarizarnos con quienes combaten y se sacrifican por su patria, es imposible escondernos la pregunta de si merece todavía la pena derramar sangre y lágrimas por la ilusión de una pequeña y de cualquier modo anacrónica patria soberana.

La *Europa diferente*, sobrenacional pero libre y creadora, si nace algún día, deberá tener como presupuesto una organización suficientemente estable de federaciones multinacionales más allá del Adriático o de la línea Oder-Neisse. Es una condición imprescindible para que la Comunidad Europea cumpla ese «salto de cualidad» del que podrá surgir esa *Europa de las naciones y de los ciudadanos*, que tendrá mucha más credibilidad de aquel «Club de gobiernos» que hasta ahora han sido sus instituciones.